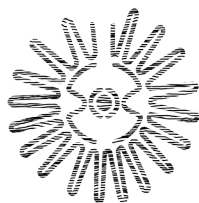


TRES CIRCUNVOLUCIONES
ALREDEDOR DE UN SOL
CADA VEZ MÁS NEGRO

Grégoire Bouillier

Tres circunvoluciones
alrededor de un sol
cada vez más negro



Traducción de Ona Rius Piqué y Albert Fuentes



H&O

Título original: *Rapport sur moi, L'Invité mystère y Cap Canaveral*

Primera edición: diciembre de 2017

© de esta edición:
Hurtado & Ortega Editores
info@hurtadoyortega.com

© 2002, *Rapport sur moi*; 2004, *L'Invité mystère*; 2008, *Cap Canaveral*;
Grégoire Bouillier, de los textos
© 2017, Ona Rius Piqué y Albert Fuentes, de la traducción

Imagen y diseño de faja: Mario Simón Maruenda
Diseño de colección: Silvio García Aguirre
Diseño y maquetación del interior: Carolina Hernández Terrazas
Corrección: Cristina Sospedra Díaz

Impresión: Bookprint

ISBN: 978-84-945916-2-4
Depósito legal: B 28516-2017

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

Recibo encantado la aparición de esta edición que da coherencia a mi trabajo y permite seguir su desarrollo. Acaso tendiendo hilos entre estos tres textos puedan salir a la luz relaciones que hasta ahora habían permanecido ocultas.

GRÉGOIRE BOULLIER

INFORME SOBRE MI PERSONA



2002

*Una de las obras de Diderot cayó en manos de Federico II.
El emperador se topó con estas palabras: «A los jóvenes...»
Y entonces cerró el libro, al comprender que no iba dirigido a él.*

PRÍNCIPE DE LIGNE

TUVE UNA INFANCIA FELIZ.

Un domingo por la tarde, mi madre aparece en nuestro cuarto, donde mi hermano y yo jugamos cada uno en su rincón: «Niños, ¿creéis que os quiero?». Su voz es intensa, su nariz se abre desmesurada. Mi hermano responde sin medias tintas. Yo dudo en lanzarme desde las alturas de mis siete años. Soy consciente de la situación, pero también me asustan las posibles consecuencias. Acabo por murmurar: «Quizá nos quieres un poco demasiado». Mi madre me mira con espanto. Se queda desconcertada un momento, luego se dirige a la ventana, la abre con violencia y parece querer arrojarse desde nuestro quinto piso. Alertado por el ruido, mi padre la sujeta cuando ya está en el balcón, con una pierna colgando en el vacío. Mi madre grita y se resiste. Sus gritos se oyen en el patio. Mi padre tira de ella sin contemplaciones y la mete de vuelta en la habitación como si fuera un saco. En el forcejeo, la cabeza de mi madre golpea contra la pared y se oye un *clonc*. Una manchita de sangre visible en la pared nos recordó durante mucho tiempo la escena. Un día dibujó unos círculos a su alrededor con rotu-

lador negro y la utilizo como diana para jugar a los dardos. Las veces que doy en el blanco, imagino que recupero por un momento la facultad de hablar sin miedo.

Cuando mi madre conoció a mi padre, ella tenía dieciséis años y él, dieciocho. Fue en 1956, durante una fiesta sorpresa celebrada en el chalé de Bois-Colombes adonde se había mudado la familia de mi padre después de la guerra del 39. Mi padre animaba la velada tocando la batería en una pequeña banda de *jazz* formada con compañeros de la facultad de derecho. Mi madre le ayudó a fregar los platos; un año más tarde estaban casados y nacía mi hermano, a quien llamaron Olivier, por ningún motivo en particular, que yo sepa.

Mi padre casi no tuvo tiempo de ver a su hijo; el ejército lo llamó para hacer el servicio militar. No era un buen momento para que te llamaran a filas: en vez de los dieciocho meses reglamentarios, lo que aún no se llamaba la guerra de Argelia le obligó a vestir de uniforme casi tres años. Fue destinado al cuartel de Tizi Ouzou, capital de la Gran Cabilia, donde, según él, los días pasaban sin pena ni gloria.

Verse separada tan pronto de su marido disgustó a mi madre. La decisión fue rápida. Dejó al bebé al cuidado de sus suegros y se marchó a Argelia para reunirse con el hombre al que amaba. Para una muchacha de diecisiete años, semejante muestra de arrojo no era habitual en aquel tiempo.

Allí se amaron. Y por triplicado, ya que un residente del hospital de Tizi Ouzou cayó rendido a los encantos de mi madre, que no eran pocos. Pronto debió de unirse a sus escarceos. Fue en uno de sus encuentros a tres bandas cuando fui concebido.

«Eres hijo del amor», me repitió mi madre durante toda mi niñez, sin yo saber a qué se refería y si aquello no era motivo de mayor inquietud todavía. En público, le gustaba hablar de mi piel cetrina y decir que no tenía nada de los

Bouillier. Cuando me reveló, mucho más tarde y a petición mía, las circunstancias de mi concepción, me dijo para zanjar el asunto que había leído en una revista que cuando dos hombres eyaculan en la vagina de una mujer los espermatozoides, en vez de competir, se fusionan para fecundar el óvulo y alumbrar a un mutante.

También me contó que a mi padre se le ponía muy dura y que era homosexual. Luego quiso hacerme creer que me lo había dicho para hacerme feliz.

Mi madre tenía en quien mirarse. Debía de tener doce años el día que su hermano, dos años mayor que ella, se levantó de la mesa y le soltó al padre cuando éste le regañaba por una travesura: «¡Tú no eres nuestro padre de verdad!». De hecho, se trataba de su tío, quien secretamente había tomado en la cama de su cuñada el lugar que su hermano había ocupado antes de desaparecer en los primeros compases de la Segunda Guerra Mundial. Mi madre, nacida a finales de 1939, no había tenido tiempo de conocer al hombre a quien debía la vida. Se acordaría nebulosamente de ello cuando decidió reunirse en Argelia con un hombre que también se había marchado a la guerra al poco de nacer su hijo. Y de la misma forma que un hermano había suplantado a otro en la figura de su padre, fue en brazos de dos hombres como fue madre por segunda vez.

De un hermano al otro, mi abuela siguió viviendo con un Pérard y no tuvo que cambiar de apellido para seguir mostrándose felizmente casada a ojos del mundo. En definitiva, el asunto no salió de la familia y, a efectos administrativos, todo resultó mucho más sencillo. Sin embargo, hubo que borrar todo rastro del desaparecido, lo que exigía cierto grado de concentración, ya que se trataba de silenciar la existencia de un hermano, esposo y padre, todo a la vez. En aquel pastel se criaron los niños.

Durante años, nadie sospechó la verdad, salvo el hermano mayor, que conservaba algunos recuerdos confusos que se rebelaron contra cualquier intento de falsificación. Para mi madre, descubrir que su vida se basaba en una mentira fue «un shock», según recuerda todavía. Es capaz de decírmelo a la cara y quedarse tan ancha.

En cuanto a mi abuelo, hombre afable, adoraba a una perrita mil leches que no se separaba de él ni a sol ni a sombra. La había bautizado como Satélite, en homenaje al Soyuz soviético, según contaba. Por lo que respecta a sus inclinaciones genitales, el nombre era todo un acierto, y veinte veces al día mi abuelo podía llamar por su nombre, sin que nadie lo supiera, ni siquiera él mismo, a la verdad que le husmeaba la entrepierna a pesar de la correa. Cuando regañaba a Satélite, le gritaba «Salte de ahí, Sucia».

En francés antiguo, Pérard significa ‘mal padre’.

Bouillier, por su parte, significa ‘bosquecillo de abedules’. Por eso conozco de qué madera estoy hecho, algo que no todo el mundo tiene la fortuna de saber.

Cuando nací, ya estaba decidido que me llamaría Nicolas, pero como Brigitte Bardot acababa de parir a un Nicolas, mi madre me cambió el nombre por el de Grégoire. Fue así como me convertí en ‘el que vela, el despierto’, etimología de Grégoire, del griego *egrégoros*. Si me hubiera llamado Nicolas, habría enarbolado la «victoria del pueblo», lo cual no entraña el mismo destino. Para comprobarlo, me hice amigo durante un tiempo de un Nicolas, quien nunca supo lo que nuestra amistad debía a su nombre. El tal Nicolas no sentía ningún afecto por el pueblo y aún menos por su victoria.

Saltándose la tradición, mis padres no me dieron ningún otro nombre aparte de Grégoire. Así pues, no me fue endo-

sado ningún ancestro, bueno o malo, ningún muerto cuya memoria tuviera que honrar. Me correspondía sólo a mí dar nombre un día a mi sombra.

Cuentan que me reía cuando salí del vientre de mi madre. Las comadronas casi se peleaban por cuidarme, nunca habían visto a un niño tan feliz de hacer aparición en la vida.

Tres días después pesaba menos de un quilo y me hallaba en un estado calamitoso. Mi madre no podía darme de mamar porque tenía un absceso en el pecho y yo rechazaba en redondo la leche industrial Guigoz. No tuvieron mejor fortuna la leche de vaca ni la de burra. Cuando creían que no iba a ver otro día, toleré engullir la leche de una cabra que habían encontrado casi por azar en los alrededores de la maternidad. Sobreviví gracias a ese animal con fama de tener mal carácter.

En Tizi Ouzou, la temperatura alcanzó los cuarenta grados a la sombra el día que nací. «Nunca he sufrido tanto como ese día», cuenta mi madre satisfecha. Le gusta recordar que venía yo tan grande en las últimas semanas de embarazo que podía ponerse un plato en equilibrio encima de la barriga mientras comía.

Como con su primer hijo, mi madre siempre estuvo segura de que esperaba un niño. «Soy incapaz de tener a una niña», dice con orgullo. Lo que no impedía que me rizara el pelo con su moldeador Babylliss cuando le daba la ventolera. También dice que nunca quiso un tercer hijo porque estaba segura de que sería deforme o mongólico. Y una vez le oí decir partiéndose de risa: «Soy una coneja», fórmula gráfica con la que expresaba que tenía el don de quedarse embarazada cada vez que hacía el amor e incluso cuando tenía la regla. Ya ni recuerda cuántas veces abortó. Quince por lo menos, reconoce sin empacho. Mi padre la ayudaba a veces. Juntos experimentaron con distintas técnicas. Lo

hacían por la tarde, cuando mi hermano y yo estábamos en el colegio. Un día que le tocó operar sola, mi madre se metió varios litros de mercromina en la vagina para bajar el feto. La salvaron *in extremis* de una hemorragia interna.

Mi nacimiento puso fin al capítulo argelino de mis padres. Con la responsabilidad de un segundo hijo a su cargo, a mi padre lo liberaron de sus obligaciones militares. Para él, la guerra había terminado, sin que hubiera disparado una sola bala. Esta fue una de las primeras consecuencias de mi aparición en la Tierra. Mis padres hasta podían felicitarse de haber concebido un feliz acontecimiento durante los llamados *acontecimientos*,¹ que eran desde luego menos felices. En cambio, tuvieron que renunciar a esa entente franco-argelina que santificaban en una cama para placer de los tres. De hecho, mi madre se negó a permanecer en la Gran Cabilia pese a las súplicas de su amante y el trío se separó para no existir sino en los ojos de mi madre cuando me mira.

Largo tiempo mi madre se negó a revelarme el apellido del médico en prácticas del hospital de Tizi Ouzou. Cuando por fin me lo confesó, lo anoté en una libreta y no le di más vueltas. Nunca quise conocerlo. Él tampoco a mí.

De las circunstancias de mi nacimiento me quedó la impresión de ser hijo de una guerra que, como tantas otras cosas, no revelaba su verdadero nombre. Y también una visión de la historia incompatible con las versiones oficiales, menos ingenua y macabra que las que nos ofrecen los responsables de escribirla. Asimismo, cuando llegaron los tiempos de la supuesta “liberación sexual”, yo ya era uno de sus frutos dado que mis padres no habían necesitado consigna alguna

1. «*Les événements*», eufemismo con el que se denominó en Francia la guerra de Argelia (1954-1962). (*N. de los T.*)

para disfrutar sin barreras. Para mí, Boccaccio y Aristófanes siempre estuvieron más cerca de la verdad, lo mismo que Sade y Georges Bataille, pero este último más que nadie porque compartimos las mismas iniciales.

En el libro de familia de mis padres consta que nací el 22 de junio de 1960. En el colegio aprendí muy pronto que Galileo se retractó el 22 de junio de 1633 ante la Inquisición romana. Y el 22 de junio de 1940 Pétain firmó el armisticio con Hitler en un vagón de tren. Para consolarme, me acostumbré a apuntar la fecha de mi nacimiento de forma algebráica: en perfecto equilibrio, la secuencia de cifras 22 06 60 me parecía esconder un misterioso palíndromo aritmético que por una vez me distinguía favorablemente del rebaño.

Por mor del calendario gregoriano el año 1960 fue bisesto. El solsticio de verano cayó así el 22 de junio. Soy yo quien alarga los días, presumí durante mucho tiempo. Cuando mi vida se hizo más sombría, prefería decir que acortaba las noches.

Las tres mujeres con las que he vivido hasta hoy tienen por lo menos dos puntos en común: las tres tuvieron relaciones conflictivas con su padre y todas nacieron entre mediados de septiembre y mediados de octubre, es decir, unos nueve meses antes de junio. Entre ellas y yo siempre hubo que franquear el invierno y la primavera.

La mujer cuya fecha de nacimiento se acercaba más a la fecha de mi concepción nació un 18 de septiembre. Cuatro días más y habría podido crearme en presencia del misterio de la encarnación de mi alma, como suele decirse. Nació en 1968; yo tenía ocho años y nueve meses más tarde cumpliría los nueve. Ahora bien, ese mismo día desaparecía para siempre Marie-Blanche, quien fue para mí la primera de todas. A menudo he considerado que esos dos acontecimientos

estaban relacionados y que la que acababa de aparecer sobre la Tierra daba testimonio de la desaparición de la otra a fin de garantizar cierto equilibrio, si no en el universo, por lo menos en mi vida.

Tenía tres semanas de vida cuando un bimotor Bréguet nos trasladó a mis padres y a mí de Argelia a Lyon, donde mi padrino vendría a recogernos. Nuestro vuelo encontró una tormenta que mis padres todavía recuerdan. Me pasé toda la travesía berreando. El avión crujía de arriba abajo, a merced de las sacudidas de los rayos y la lluvia. El comandante consideró oportuno salir a tranquilizar a los pasajeros. Se asomó a mi capazo y quiso calmarme; yo redoblé mi llantina.

Esa accidentada travesía tuvo que dejar huella. Porque durante toda mi niñez tuve la misma pesadilla de una cabeza que, haciendo muecas encima de mi cama, se precipitaba de repente sobre mí a toda velocidad, pero con infinita lentitud. Y más adelante nunca he abandonado un amor por otro ni cambiado de vida o de situación sin que todo se convierta en una tormenta. La idea que me hago del cambio es indisoluble de la sensación de caos. Tanto es así que a veces el alboroto me ha hecho creer en la necesidad de cambiar. Me da por pensar que si los cielos hubiesen sido apacibles entre Argelia y Lyon, habría surcado ciertos acontecimientos y quizá incluso la vida sin contratiempos.

Mi padrino vivía a las afueras de Lyon, en el castillo del caballero de la Barre, célebre por haber sido el último ajusticiado del Antiguo Régimen, después de haberse negado a descubrirse al paso de una procesión religiosa. Un gran parque rodeaba el castillo, una pequeña casa solariega del siglo XVIII que el Ayuntamiento de Vaulx-en-Velin ordenaría demoler en 1974, pues prefería un edificio verde manzana, de